

tra iglesia, y tanta gente, que era admiracion haberlo sabido tan presto, porque á las ocho del mismo dia que llegamos ya estaba puesto el santísimo Sacramento, y diciéndose mas misas. Venia toda Granada, como si vinieran á ganar jubileo, y á una voz decian que éramos santas, y que habia Dios visitado esta tierra con nosotras. Este mismo dia fué don Luis de Mercado y el licenciado Laguna á visitar al arzobispo, que estaba malo de la turbacion del rayo que habia caido dos noches habia, y halláronle echando chispas porque habíamos venido: dijéronle, que si tanto le pesaba á su señoría, ¿para qué habia dado licencia, que ya estaba hecho el monasterio? Respondió, no pude hacer menos, que harto forcé mi condicion, porque no puedo ver monjas; mas no las pienso dar nada, que aun á las que tengo á mi cargo no puedo sustentar: y así comenzamos á gozar de dichos y de hechos de nuestra pobreza. Porque aunque la señora doña Ana nos hacia limosna, era con mucha limitacion, y de los demás ninguno acudia por vernos en su casa, donde acudian tantos pobres, y se daban muchas limosnas á casi todos los monasterios y hospitales desta

tierra, y así entendian no pasaríamos nosotras ninguna necesidad, y pasábamosla de manera, que muchos dias no nos pudiéramos sustentar con lo que esta señora nos daba, si de los Mártires no nos ayudaran nuestros Padres descalzos con algun pan y pescado: aunque tambien ellos tenian poco, por ser año de tanta hambre y esterelidad, que se padecia en el Andalucía grandísima. Ropa para dormir teníamos tan poca, que no habia mas de la que trajimos por el camino, era tan poca, que solas dos ó tres podian dormir en ella, y así andábamos á noches, quedándose las mas sobre unas esteras que estaban en el coro, y esto nos daba tanto contento, que por gozarlo no manifestábamos la necesidad que teníamos, antes procurábamos ocultarla, en especial á esta santa señora, por no cansarla, y ella como nos veía tan satisfechas y contentas, y nos tenia en figura de buenas y penitentes, no advertia habíamos menester mas de lo que nos daba. Pasamos así lo mas del tiempo que estuvimos en su casa, que fueron siete meses. En todos ellos desde el primer dia tuvimos muchas visitas de la gente mas grave, y religiosos de todas las órdenes, que no

trataban de otra cosa sino de la temeridad que era començar estas casas con tanta pobreza, y sin fundamento de comodidades humanas. Nosotras les decíamos que por eso gozábamos mas de las divinas, y que en confianza de la experiencia del cuidado y providencia de Dios, que tan probada teníamos en nuestros conventos, no nos daba cuidado començarlos así, antes deseábamos no se hiciese ninguno de otra manera, porque teníamos esta por la mas segura. Reíanse mucho de oirnos y de ver la satisfaccion con que estábamos en tanta estrechura, que por guardar nuestra clausura estábamos bien apretadas, tanto, que el mesmo D. Luis de Mercado, que estaba en la propia casa, no nos vió jamás sin velo, ni ninguno pudo dar señas de nosotras. En esto no hacíamos mas de lo que profesamos siempre, mas hacen mucho caso dello en esta tierra. Venian muchas personas de todas suertes á pedir el hábito, y entre mas de ducientas que trataron dello, no hallábamos una que nos pareciese podíamos recibir conforme á nuestras constituciones, y por esto á muchas no queríamos hablar, y á otras entreteníamos, diciendo, era menester supiesen primero nues-

tro modo de vivir, y acá probásemos los deseos, y que hasta hallar casa, no habia lugar para mas de las que estábamos. Buscábamosla con harta diligencia, mas ni comprada, ni alquilada, no habia medio de concertarse ninguna. Yo en este tiempo andaba con algun cuidado de ver la poca ayuda que se nos ofrecia entre esta gente, y todas las veces que lo advertia, me parecia oia lo que dijo Cristo Nuestro Señor á los Apóstoles: *Cuando os envié á predicar sin alforjas y sin zapatos, ¿faltóos algo?* Y mi alma respondia: No por cierto, con una gran confianza de que en lo espiritual y temporal nos proveeria su Majestad muy cumplidamente. Era de arte, que teníamos misas y sermones de los mas afamados sacerdotes y predicadores que aqui habia, cási sin procurarlo: gustaban mucho de confesarnos y saber nuestra vida, y así de la seguridad interior que Dios me daba de que no nos faltaria nada, como fue de una cosa que luego que aquí vine se me ofreció. Fue que con gran peso ó particularidad, oi interiormente aquel verso, que dice: *Scapulis suis obumbravit tibi, et sub pennis ejus sperabis.* Di cuenta á mi confesor, que era el P. Fr. Juan

de la Cruz, y al P. M. Juan Bautista de Ribera, de la compañía de Jesús, con quien comunicaba todo lo que se me ofrecia en confesion y fuera della, y á entrambos les pareció ser estas cosas prendas que Nuestro Señor daba de que esta fundacion se hacia muy bien, como hasta ahora, que há quatro años se ha hecho. Sea su nombre bendito, que en todo este tiempo me afirman las hermanas que vinieron á la fundacion, traian mas presencia y mas comunicacion de su Majestad que habian sentido en toda su vida.

8. Parecíaseles bien en el aprovechamiento con que andaban, y en el que causaban (al dicho de todos) con su ejemplo en los monasterios de monjas que hay aquí. Que del presidente D. Pedro de Castro supe habia gran diferenciencia en ellos después que vinimos, digó en las monjas de otras órdenes, que hay muchas en Granada. Junto con las mercedes que he dicho nos hacia Nuestro Señor, gozábamos de una grandísima, que era sentir hacernos compañía la persona de Nuestro Señor Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar, de manera, que nos parecia visible el sentir su presencia corporal, y esto era tan

general y ordinario, que lo tratábamos entre nosotras, diciendo, que nunca tal efeto parecia nos habia hecho el santísimo Sacramento en ninguna parte como aquí, que desde el punto que le pusieron, nos causó este consuelo, y hasta ahora dura en algunas, aunque no tan sensible como en aquellos primeros siete meses.

9. Cuando se cumplieron, hallamos una casa alquilada, donde, sin que lo supiese su dueño, porque la dejó un morador que dentro estaba desembarazada, nos pasó con gran secreto V. Paternidad que vino entonces desde Baeza á trazar nuestra comodidad, no pudo haber mas desta, hasta que de ahí á diez meses comenzó Nuestro Señor á mover de veras algunas doncellas de las mas principales de aquí, que ayudadas de sus confesores, sin licencia de sus padres y deudos, que no habia remedio se la diesen para entrar en órden tan estrecha, se vinieron en secreto á tomar el hábito. Dimosle en pocos dias á seis con mucha solemnidad y harta turbacion de sus deudos, y alboroto de la ciudad, que les parecia cosa terrible entrar aquí, y así andaban (según nos decian muchos) con gran cui-

dado de guardar sus hijas, porque de la primera que recibimos, que es la hermana María de Jesús, se murió su padre y su madre luego que entró, y echaron fama que de pena: á ella nunca se le entendió ninguna de haber entrado sino mucho contento y agradecimiento de la merced que Nuestro Señor la hizo en traerla á nuestra orden: ha probado muy bien en ella, y todas las que entraron, y las demás que después se han recibido. En profesando, con sus dotes procuramos comprar casa, y aunque se trató de muchas, tanto que se llegó á hacer escrituras de algunas, no hubo remedio de efectuarse la compra, hasta que intentamos tomar la del duque de Sesa, que por las grandes dificultades que para venderse tenia, nos pareció disbarate querer entrar en ella, y á cuantos lo oían lo parecia, aunque era la mas á propósito y en el mejor puesto que hay en Granada. Determinéme á tratar della, porque habia mas de dos años me afirmó la hermana secretaria (que porque V. Paternidad verá quien es en la letra, no la nombro) que tres veces le habia dado Nuestro Señor á entender se habia de asentar en esta casa del duque el convento,

y con tanta certificacion lo entendió, que ninguna cosa seria parte para que dejase de ser, y así se efetuó, como V. Paternidad sabe, y estamos en ella.

*Ana de Jesús.*